



# RELATOS DEL FUTURO

## Mujeres protagonistas



Ministerio de Educación



**BA** Buenos  
Aires  
Ciudad

**Jefe de Gobierno**

Jorge Macri

**Ministra de Educación**

Mercedes Miguel

**Jefa de Gabinete**

Lorena Aguirregomezcorta

**Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa**

Oscar Mauricio Ghillione

**Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje**

Inés Cruzalegui

**Subsecretario de Gestión Administrativa**

Ignacio José Curti

**Subsecretario de Tecnología Educativa**

Ignacio Manuel Sanguinetti

**Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad****y Equidad Educativa**

Samanta Bonelli

**Directora General de Educación de Gestión Estatal**

Nancy Sorfo

**Directora General de Educación de Gestión Privada**

Nora Lima

**RELATOS DEL FUTURO**  
**Mujeres protagonistas**  

---

**2025**

**Gerente Operativo de Innovación y Contenidos Educativos:** Javier Simon

**Coordinadora Enlace Ciencias:** Silvia Blaustein

**Coordinador Plan de Lectura y Escritura BA:** Santiago Santillán

**Edición:** Ramón Paez (Plan de Lectura y Escritura BA)

**Diseño y diagramación:** Silvana Carretero (Plan de Lectura y Escritura BA)

ISBN: En trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2024.  
Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro -Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**

# Presentación de la antología

En un mundo cada vez más impulsado por la innovación y la tecnología, es fundamental fomentar desde temprana edad el interés de las niñas y jóvenes en las áreas científicas y técnicas.

Históricamente, el ámbito literario de la ciencia ficción ha sido predominantemente un universo masculino, reflejando tanto en sus historias como en sus protagonistas un sesgo hacia perspectivas y actitudes tradicionalmente asociadas con roles masculinos. Esta tendencia no solo ha influido en la relativamente escasa participación de las mujeres en este género literario, sino que también ha resultado en la pérdida de una oportunidad para despertar su interés por carreras STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas).

Este concurso de relatos de ciencia ficción, dirigido a alumnas de 6° y 7° grado de la escuela primaria y a estudiantes mujeres de la escuela secundaria de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, busca romper con los estereotipos y ofrecer a las participantes la posibilidad de explorar futuros imaginativos donde la ciencia y la tecnología sean protagonistas de aventuras emocionantes. Queremos no

solo fomentar la creatividad literaria, sino también inspirar a las participantes a considerar carreras en disciplinas STEM, donde su talento y perspectiva son vitales para enfrentar los desafíos globales del mañana.

A través de la imaginación y la narrativa, aspiramos a construir puentes hacia un futuro en el que la ciencia y la tecnología sean accesibles y atractivas para todas las mentes curiosas, sin importar su género.

Úrsula K. Le Guin, una de las grandes autoras de ciencia ficción, nos plantea un punto de vista que amplía aún más la mirada al definir a la ciencia y a la tecnología como una “bolsa de cultura”. Así, nos permite concebir a la ciencia ficción como un campo más realista que fantasioso y pensar que “la ciencia ficción, correctamente concebida, como toda ficción seria —por muy graciosa que sea—, es una forma de intentar describir lo que de hecho está sucediendo, lo que la gente hace y siente, cómo la gente se relaciona con todo lo demás en este vasto saco, en este vientre del universo, en este útero de cosas por ser y en esta tumba de cosas que ya fueron, en este relato sin final”.

En este sentido, la ciencia ficción nos permite explorar posibilidades, cuestionar nuestra existencia y comprender mejor el mundo y los roles que podemos desempeñar en él. A esta aventura invitamos

a nuestras niñas y jóvenes mujeres a través de este concurso.

Entendemos que las barreras históricas que han limitado la participación femenina en el ámbito STEM y en la ciencia ficción están siendo desafiadadas a medida que más mujeres se destacan en estos campos y reclaman su lugar como científicas, ingenieras, tecnólogas y autoras.

Hoy celebramos dicha transformación con esta antología. Cada relato que aquí se reúne es una muestra del poder de la imaginación femenina para pensar futuros distintos, más justos y diversos. Que estas páginas sean entonces, no solo una invitación a leer, sino también una chispa que encienda nuevas vocaciones y despierte la certeza de que el futuro de la ciencia, la tecnología y la ficción también tiene voz de mujer.

**Javier Simon**

**Gerente de Innovación  
y Contenidos Educativos**

**Silvia Blaustein**

**Coordinadora de  
Enlace Ciencias**

# Jurado notable

## Alejandra Bruno



Es desarrolladora de videojuegos, guionista de cine, escritora y docente.

Es co-fundadora de Bicho Raro Games, el primer estudio cooperativo de videojuegos creado por mujeres en Argentina. También es co-fundadora de *Women in games* AR y miembro de su comisión educativa.

Ha publicado dos novelas premiadas. Una de ellas, *La hija del delta*, está siendo adaptada a videojuego por su estudio.

Es docente titular de guión de videojuegos en la UNSO (Universidad Nacional Scalabrini Ortiz).

Con una trayectoria de más de 16 años y unos 20 videojuegos publicados, es referente de la industria, jurado y *speaker* frecuente en eventos relacionados con tecnología, arte y educación.

## Ángeles Durini



Tiene varios títulos publicados en colecciones para niños y jóvenes. Sus novelas alrededor del personaje de *Demetrio Latov* tienen numerosas ediciones y lectores. Algunos de sus libros recibieron premios internacionales, como el Premio Fundación Cuatro Gatos (Miami, 2023) para la novela en verso *Adiós, Chester Binder* (2022), con ilustraciones de Anabel Fernández Rey, o el *Honor Prize of the Astra International Picture Book Writing Contest* 2022-2023 por *Cualquier cosa*, y premios nacionales como el Destacado Alija 2016 y La hormiguita viajera 2016 para el cuento *Abuela de trapo*, con ilustraciones de Lucas Nine, y el Destacado Alija 2022 Maestra Latinoamericana de LIJ, o el primer premio de Imaginaria- Educared 2004 para el cuento *Levemente hacia atrás* (en *Amor sin fin*, 2008). La novela *Detrás de los cristales* (2018, 2023), fue recomendada por la Fundación Cuatro Gatos (2019), y el Banco del libro de Venezuela (2014) recomendó su novela *La concertista sonámbula* (2012). Fue traducida al portugués y próximamente será traducida al ucraniano. Como le gustan las mezclas, escribió *El borde del agua* (2022), que es mitad poesía, mitad guion para película antigua.

## Mariana Kirzner



Vive en la Ciudad de Buenos Aires. Es psicopedagoga, docente y escritora. Ha publicado novelas, cuentos, poesías y obras de teatro. Entre sus libros se encuentran *El Barco del Capitán Mala Racha* (Del Naranjo), *Historias enamoradas* (Del Naranjo), *El amo, el genio y la estrella pop* (Uranito), *Malditos dispositivos* (Mil Trazos), *Boutique para brujas y brujos* (Lúdico Ediciones), *El miedo que flota* (Letra Impresa), entre otros. Su libro *El mensajero del rey* (Tinta Fresca) fue seleccionado por el Plan Nacional de Lectura para ser distribuido en las escuelas del país. Además, coordina talleres literarios, donde acompaña a jóvenes y adultos en la exploración y desarrollo de su propia escritura.

# Índice

## Primaria

Viajar al futuro	13
El reflejo de la obsesión	17
Aurora Valmont	19

## Secundaria Ciclo básico

Los testigos del pasado	25
Diario de un nuevo mundo.	32
New York 2098	41

## Secundaria Ciclo Orientado

Ellas también construyen	50
Su real experimento	55
El neón no perdona	63

# Concurso 2025

## ALUMNAS PREMIADAS

Nivel primario

### **1° puesto: Viajar al futuro**

**Autoras:** Francesca Van der Horst y Delfina Trigo  
(seudónimo Charo Esperanza)

**Institución:** Escuela del Jacarandá

### **2° puesto: El reflejo de la obsesión**

**Autora:** Melanie Cordero (seudónimo Melu)

**Institución:** Escuela N° 2 DE 15 Juana Manuela Gorriti

### **3° puesto: Aurora Valmont**

**Autora:** Lola Meza Calderon (Seudónimo Aurora)

**Institución:** Escuela N° 9 DE 15 Dominguito

# Viajar al futuro

Charo era una actriz famosa, famosísima. Más que los *influencers*, más que los cantantes. Salía en películas, series y hasta tenía su propia estatua de chocolate (¡que alguien se comió en un evento, pero ese no es el punto!).

Aunque tenía fama, su sueño era otro: ayudar a la gente. Hacía obras de teatro gratis para las escuelas, donaba todo lo que ganaba y hasta una vez se disfrazó de empanada para un comedor comunitario.

Un día recibió una carta rara. Venía del presidente del país, un hombre con cara de simpático... pero cejas de villano.

—Querida Charo —decía—, quiero que seas parte de mi proyecto secreto. Vení al laboratorio presidencial, tengo un regalo que te va a cambiar la vida.

Charo llegó al laboratorio. Había tubos de ensayo, cerebros flotantes en pantalla y un robot que te hacía mate. El presidente la esperaba con una sonrisa rara, tipo “abuelito tierno, pero con un rayo láser escondido”.

—Este brazalete es un prototipo. Te va a llevar 100 años al futuro, a la Buenos Aires del año 2125 —dijo.

Charo dudó, ¿y si era una trampa? ¿Y si llegaba al futuro y no había wifi? Pero su lado curioso ganó.

—Bueno, pero si vuelvo y hay monos que gobernan el planeta ¡me debe una empanada! —bromeó.

Se puso el brazalete. Sonó un “¡plop!”, se llenó

todo de luces de colores y ¡zap! Desapareció.

Cuando abrió los ojos, estaba en otro mundo. Autos voladores con bocinas que cantaban tango. Gente con cascos que traducían pensamientos. Árboles que bailaban cuando llovía. Y un señor paseando a un gato robot con corbata. Pero lo más loco era cómo se comunicaban: no hablaban con palabras, ¡Hablaban con emociones!

—¿Estás triste? —preguntó una chica con ojos brillantes—. Tomá, te paso un poquito de alegría.

Y le pasó una emoción como si fuera un globito rosa que flotó hasta el pecho de Charo. De repente, sintió una ternura increíble, como cuando abrazas a tu perrito. La gente era feliz, tranquila, ¡y nadie usaba WhatsApp!

Pero no todo era tan lindo... Unos niños del futuro le contaron que su mundo casi había sido destruido. El presidente del pasado (sí, el mismo que la mandó con el brazalete) había querido conquistar el futuro usando una tecnología llamada NeuroOscura.

¿Qué hacía? Conectaba chips al cerebro para borrar emociones lindas y dejar solo miedo, enojo y obediencia.

—Quería un mundo donde nadie cuestionara nada— le dijo una abuela muy sabia—. Pero nosotros activamos los circuitos de la NeuroAlegria, una red que potencia el amor, la empatía y el pensamiento libre.

Charo se quedó helada.

—¡Ese presidente me usó como carnada! —gritó—. ¡Y yo que le regalé una planta carnívora en su cumple!

Decidida, Charo fue al centro de control oculto: una Casa Rosada flotante, con hélices y rayos azules.

Allí estaba el presidente... ¡esperándola!

—¡Viniste! —dijo él, con voz de villano de telenovela—. Sos parte del plan. Pensaba usar tu energía emocional para hackear el futuro.

Pero Charo ya había aprendido. Había entrenado con los Guardianes de la Neuroemoción, unos maestros que le enseñaron cómo proteger su mente con pensamientos positivos.

El presidente le lanzó un rayo de tristeza. Ella, con los ojos cerrados, pensó en cosas que amaba: su primer aplauso, sus amigos, su perra Mili y ese día que le salió bien la tortafrita.

—¡Mi mente no es tuya! —gritó.

El rayo rebotó y explotó en una nube de purpura. El presidente quedó atrapado en su propia máquina. El futuro se salvó. Todos aplaudieron a Charo (incluso los gatos robot, que maullaban en código Morse).

Le ofrecieron quedarse en ese mundo increíble, pero Charo sonrió.

—Tengo que volver. Si no, nadie va a saber lo que puede pasar si dejamos que un loco controle nuestras emociones.

El brazalete, ahora más brillante que nunca, la envolvió con una luz suave.

—Gracias por enseñarme que la emoción más fuerte... es la esperanza.

Y con un último salto, volvió al presente.

De nuevo en su tiempo, Charo subió al escenario. Pero esta vez no para actuar, sino para contar la verdad.

—Las emociones no son debilidades —dijo—. Son superpoderes. Cuidarlas es cuidar nuestra libertad.

Desde ese día, nadie más la vio solo como actriz. La vieron como lo que realmente era: una defensora del cerebro libre, del amor, y del futuro.

Y cada vez que alguien se sentía triste, ella sonreía y decía:

—Tranquilo... el futuro todavía se puede cambiar.

Francesca **Van der Horst** - Delfina **Trigo**

---

**Escuela del Jacarandá**

# El reflejo de la obsesión

Yo nunca me había sentido bien con mi pelo. La peluquería en la que siempre pedía turno había cerrado hace como cinco años. Quise buscar otras, pero no quedaban más. No solo faltaban peluquerías, ya no existían las panaderías, carnicerías, supermercados, cafeterías, etc. Mucho menos gente que acudiera a estos trabajos ya que era un mundo casi dominado por la tecnología. A mí solo me importaba mi pelo y encontrar una solución (con quince años, solo esa era mi preocupación).

Buscando una solución en mi teléfono, vi un anuncio de una máquina que prometía hacer rulos, ondas, planchado, teñir el pelo, y todo lo que se podía hacer en una peluquería tan solo con un botón y en un solo segundo. Yo quedé sorprendida de encontrar “la solución”.

Con el paso del tiempo lo empecé a usar más y más, hasta el punto de no poder salir de mi casa sin usar mi máquina, aunque notaba un aumento en la caída del pelo, no le di importancia ya que me parecía mucho más importante poder salir de mi casa con el peinado deseado.

Un día, saliendo tarde a la escuela, el apuro fue tal que, confiando en los resultados de la máquina, ni siquiera pasé por el espejo para ver cómo estaba. También pasé por alto el aviso que la misma transmitía notificando que la cantidad de cabello comenzaba a ser escasa como para seguir modelando. No le di importancia y salí así.

Cuando salí a la calle, vi que todas las mujeres estaban calvas, parecían locas, arrancándole el cabello

a las personas que aún lo conservaban. Salí corriendo con miedo a que me hicieran lo mismo, pero tropecé y me vi en el reflejo de una vidriera que estaba a mi lado ¡YO TAMBIÉN ESTABA CALVA! Enloquecí. No soporté verme sin pelo y que otros sí lo tuvieran. Entonces, la desesperación me llevó a actuar como las otras mujeres: arrancarle el cabello a un señor que caminaba junto a mí.

Las calles estaban revolucionadas, era un verdadero descontrol. Personas arrancando el pelo a otras, lastimando sin medir ninguna consecuencia. Esta locura se transmitió en todos los portales. Enseguida intervino la policía y muchas personas terminaron presas.

La cordura no jugó a mi favor. No entendía lo que estaba sucediendo. Solo sentía desesperación por recuperar algo de mi cabello. Recordé un lugar que funcionaba como santuario de animales que casi ya no existen. Busqué en el lugar aquellos que tenían algo de pelo. Se los arranqué con uñas y dientes.

Me desperté sudada y totalmente perturbada. Me miré al espejo confundida. Tenía mi pelo intacto. Todo era un sueño creado por mi mente. ¿Será por mi obsesión? Me miré feliz al espejo, tenía mi hermoso cabello. Sin embargo, noté que mis labios estaban muy delgados. Miré la pantalla de mi celular y en ese momento me llegó una notificación de un anuncio que promocionaba una máquina para agrandar los labios.

Melanie Cordero

Escuela N° 2 DE 15 Juana Manuela Gorriti

# Aurora Valmont

*Basta con estar vivo para producir luz.*

## El Reino de las Sombras

La ciudad de Valeria dormía bajo un cielo sin estrellas, envuelta en una oscuridad que oprimía a los habitantes tanto como el gobierno de los Altos Sabios. Desde su trono de mármol negro, el Gran Sabio observaba a todos con ojos fríos. Sabía que el pueblo vivía con miedo.

### Y eso era bueno.

Pero esa noche, en un barrio sucio de la Ciudad Baja, nació una niña.

No era un nacimiento cualquiera. No había festejos, ni cantos, ni lágrimas de felicidad. Solo el resuello de una madre cyborg que luchaba por traer al mundo a su hija mientras los soldados se acercaban.

Había una profecía.

*“Cuando nazca la niña de fuego, los reyes temblarán y las sombras serán consumidas.”*

Los Altos Sabios habían oído esas palabras años atrás. Sabían que no podían permitir que esa niña creciera.

Pero la madre de Aurora Valmont no se rendiría fácilmente, porque ella, como cualquier cyborg, no iba a aceptar la pérdida de su hija, después de todo lo que pasó y lo que hizo para tener a su hija, después de todos sus rechazos solo por ser mitad humana y mitad robot, algo que tampoco le favorecía, ya que no se respetaban a las mujeres. Entonces, en una última muestra de magia, lanzó un hechizo sobre su hija y la ocultó entre las sombras antes de ser atravesada por una lanza.

Esa noche, **la niña de la profecía desapareció**.  
Y los Sabios pensaron que el peligro había terminado.  
**Se equivocaron.**

## Capítulo 1: La Ciudad de los Condenados

Dieciséis años después, la Ciudad Baja era un cementerio de esperanzas. La maldad marchaba por las calles, los adinerados pisoteaban a los pobres, la educación era un privilegio exclusivo de los ricos, los cardenales y la alta jerarquía cristiana.

Pero en los callejones oscuros, entre ruinas de bibliotecas quemadas y templos derrumbados, **un rumor comenzaba a extenderse**.

*“La Chispa ha despertado.”*

Aurora Valmont era una sombra en la noche. Nadie sabía exactamente cómo era, pero los guardias encontraban sus marcas en las paredes: runas de fuego, promesas de rebelión.

Ella no era cualquier humano... era un cyborg, lo había heredado de su madre, que había sido un experimento fallido de un laboratorio, y cuando la iban a matar, se escapó, ella podía hacer magia, y Aurora (su hija) lo heredó todo.

Se decía que Aurora robaba libros prohibidos y los distribuía en secreto. Que mataba a soldados y los dejaba colgando en las plazas con un solo mensaje grabado en la piel con su rayo láser: *“El fuego viene.”*

Pero los rumores no pasaron desapercibidos.

Una noche, mientras Aurora escapaba de una patrulla de soldados, otra la atrapó. Luchó contra ellos, intentó matarlos con su magia, pero eran demasiados.

La arrastraron ante el Gran Sabio, quien la observó con una sonrisa cruel y su ojo de buitre.

—Así que tú eres la Chispa —dijo—. Qué decepcionante.

Pero Aurora lo miró fijamente, con sus ojos de cyborg brillando como luces de neón.

—Todavía no he ardido.

Y esa misma noche, en lo más profundo de la Torre Negra, **despertó la Llama Eterna**.

## Capítulo 2: El Despertar del Fuego

La celda de Aurora estaba en lo más profundo de la tierra. No había ventanas, sólo piedra fría y oscuridad.

Pero ella no estaba sola.

Había algo allí. **Algo antiguo. Algo olvidado.**

Los susurros se arrastraban por las paredes, voces de esos cyborgs que habían muerto siglos atrás. En el suelo, trazos de metales desgastados por el tiempo.

Y en su mente, un murmullo:

*“Eres la elegida.”*

Aurora sintió un escalofrío recorrer su piel de chapa.

*“Toca la piedra. Acepta el fuego. Sé nuestro instrumento.”*

Algo dentro de ella sabía que no debía hacerlo. Que ese poder no era natural. **Pero recordó que ella no es natural. Ella era un cyborg a la que no aceptaban en la sociedad.**

Extendió la mano que era de carne y hueso y tocó las runas.

La explosión de energía la atravesó como una

tormenta. Su sangre ardió, su metal se estremeció, su corazón latió con una fuerza imposible. Y cuando abrió los ojos, ya no era la misma.

Las llamas negras danzaban en su piel. **Se había convertido en fuego.**

Los guardias corrieron cuando vieron lo que había despertado. Intentaron huir. Intentaron suplicar.

Pero ella **los convirtió en cenizas.**

La Torre Negra tembló con su furia. Los muros ardiieron. Los reyes cayeron de rodillas, impotentes ante su poder.

Y Aurora Valmont, la niña que había sido condenada al olvido, **salió caminando entre las cenizas, sonriendo.**

El fuego de la rebelión había comenzado.

### Capítulo 3: La Reina Roja

El caos se extendió por la ciudad. En las calles, la gente murmuraba el nombre de Aurora. Algunos la llamaban demonio. Otros, salvadora.

Pero una cosa era cierta:

**El miedo había cambiado de bando.**

Los nobles temblaban en sus mansiones. Los reyes reforzaban las patrullas. Los Altos Sabios convocaban a sus magos más poderosos, que eran de diferentes dimensiones.

Pero nada podía detenerla.

Aurora no luchaba sola. Aquellos que habían sufrido bajo el Imperio comenzaron a unirse a su causa. Animatrónicos desterrados, magos rechazados sin honor, esclavos con hambre de venganza.

Y en menos de un mes, **el fuego había devorado la mitad del reino.**

Los Altos Sabios intentaron resistir. Usaron su magia más oscura, hicieron los hechizos prohibidos, pero Aurora **era peor que todos ellos juntos.**

Una noche, la ciudad entera ardió en llamas. Aurora se alzó en lo alto de la Torre del Palacio, sosteniendo la cabeza del último Sabio en una mano y su espada de fuego en la otra.

—Esto es por cada lágrima derramada —susurró. Y con un grito que sacudió la tierra, **hundió la espada en el corazón del Imperio.**

### **El Legado de la Llama**

El Imperio de los Sabios cayó esa noche.

Aurora Valmont no se quedó con el trono. **Desapareció.**

Algunos dicen que murió, sacrificándose para sellar la magia oscura que había despertado.

Otros afirman que aún camina entre las sombras, esperando el día en que el mundo necesite arder otra vez.

Pero hay algo que nadie puede negar:

**Mientras exista la opresión, la Llama Eterna nunca se apagará.**

**FIN**

**Lola Meza Calderon**

**Escuela N° 9 DE 15 “Dominguito”**

# Concurso 2025

## ALUMNAS PREMIADAS

### Secundaria ciclo básico

#### **1° puesto: Los testigos del pasado**

**Autora:** Micaela Coronel (seudónimo Unidad 99)

**Institución:** Escuela Técnica “Raggio”

#### **2° puesto: Diario de un nuevo mundo**

**Autoras:** Lucía Trabado, Lucía Caraci  
y Zaira Armúa (seudónimo Laira 36)

**Institución:** E.T. N°36 “Almirante Brown” DE N°15

#### **3° puesto: New York 2098**

**Autoras:** Julia Burgos, Helena Pastor y Jazmín Lola  
Ledesma (seudónimo Hallelujah)

**Institución:** E.T. N°36 “Almirante Brown” DE N°15

# Los testigos del pasado

Me desperté como cualquier otro día, pero sin saber lo que me deparaba el cercano futuro. Me preparé para ir a la universidad como siempre y no sé la razón, pero todo me salía mal: se me caían las llaves, perdía fácilmente las cosas, etcétera.

Al llegar, recordé que hoy tenía que hacer una investigación práctica sobre la nueva tecnología que había salido, se supone que podían enviar conciencias humanas al pasado para entender momentos críticos de la historia.

Al principio creí que solo sería un experimento más, algo que observaríamos desde lejos mientras algún voluntario se ofrecía a probar el sistema. Pero cuando entré al laboratorio, el profesor me miró fijamente y dijo:

—Usted será el sujeto de prueba hoy.

Me quedé helada. No estaba preparada, ni física ni mentalmente. Pero algo en su tono, casi como si no tuviera elección, me hizo asentir.

Poco después, me colocaron un casco lleno de sensores y me explicaron las tres reglas más importantes, que por nada del mundo podría romper, ya que afectaría el espacio tiempo.

**Regla 1: No interferir con eventos clave de la historia.** Cualquier intento de alterar decisiones, muertes o eventos importantes podría desatar una paradoja temporal, cambiando el curso del presente o incluso borrando civilizaciones enteras.

**Regla 2: No revelar información del futuro.**

Decirle al sujeto del pasado lo que sucederá en su línea temporal (guerras, inventos, muertes) puede provocar ansiedad, decisiones erráticas o cambios en el desarrollo tecnológico y social que afectarían todo el tejido del tiempo.

**Regla 3: No interactuar con antepasados directos.** Tener contacto con miembros de tu propia línea genealógica (especialmente si influencias sus decisiones) puede poner en riesgo tu propia existencia y causar un “bucle de colapso”, donde el tiempo se resetea o se destruye.

Cuando lo dijeron, me quedé un poco confundida y preocupada ya que no sabía que me iban a hacer, pero no tenía más opción.

Después, me pidieron que cerrara los ojos. Todo se volvió negro, y después, apareció un lugar que no reconocía, pero que me resultaba extrañamente familiar.

Mi conciencia veía el cuerpo de una mujer de unos cuarenta y dos años, era rubia y tenía el pelo tan liso que parecía dibujado con una regla. Era completamente blanca y de una estatura promedio al de una mujer normal.

No sabía quién era, pero algo en su manera de moverse, en la tensión con la que sostenía la taza de café, me hizo sentir que esa mujer era muy fuerte, como si cargaría un mundo sobre los hombros.

Unos segundos después, apareció la interfaz de observación. Datos flotaban en mi visión: Julia Ortega. Año: 2045. Ubicación: Instituto de Biotecnología de Londres. Estado emocional: inestable.

No tenía permitido moverme ni hablar. Yo solo existía en su entorno como una presencia sin cuerpo, sin forma, sin voz. Era un fantasma del futuro. Solo podía observar.

Julia hablaba sola, discutía con su reflejo en la ventana, escribía frenéticamente ecuaciones, para segundos después borrarlas en la pantalla. Todo en ella gritaba desesperación, como si supiera que la arena estaba llegando al otro extremo del reloj.

Durante los primeros días, simplemente observé. Tomé notas. Registré patrones de comportamiento. Pero a medida que pasaban las horas, algo en mí cambió. Ya no veía a una científica fallando en su proyecto: veía a una mujer sola, presionada por gobiernos, por corporaciones, por sus propios errores. Y por algo que aún no entendía... miedo. Mucho miedo.

*No debía involucrarme.*

*No debía sentir.*

*Pero sentí.*

*Y esa fue la primera grieta.*

Sabía que estaba mal, que no tendría que ser así, pero pasó. Julia estaba sola, completamente sola. La entendía, sentía una conexión fuerte, como si algo nos uniera. No era amor, era compasión, me conmovía ver cómo era tan fuerte, aun así, con todas las presiones que tenía día a día.

Seguí investigando, su muerte fue realmente horrosoa. Fue a partir de la traición de sus pares al fallar en su misión: detener la guerra nuclear antes que fuera tarde.

Al enterarme, mis pensamientos empezaron a

dar vueltas: ¿realmente no puedo hacer nada? ¿tengo que dejar todo como está? ¿le tiene que pasar esto?

Pasaron varios días más. La rutina de Julia se volvió más errática. Dormía poco, hablaba menos. Estaba completamente demacrada, destruida emocional y físicamente. El laboratorio era su único refugio, y cada paso que daba parecía empujarla hacia un abismo invisible.

Una noche, a las 03:50 a.m., recibió un mensaje en su terminal. Reconocí de inmediato el sello del Comité Internacional Científico.

El audio contenía este mensaje;

—Última advertencia o entrega el proyecto, o lo clausuramos.

Julia no lloró. Solo apretó los dientes con impotencia y respondió con una sola línea:

—Necesito 24 horas más.

La observé caminar de un lado al otro. Sacó una caja metálica debajo del escritorio. La abrió con sus huellas digitales: dentro, un disco duro sellado con una advertencia roja: “Prototipo KROW.QNO-9. No ejecutar sin autorización.”

Ahí lo entendí.

Julia había creado una máquina experimental, un sistema capaz de analizar enormes cantidades de datos para predecir lo que iba a pasar en el mundo. Especialmente en temas políticos, económicos, militares.

Podía anticipar conflictos antes de que ocurrieran. Podía evitar guerras.

Pero también podía hacer todo lo contrario.

Si esa máquina era usada con malas intenciones, podría llegar a manipular gobiernos... incluso pro-

vocar una guerra peor de la que intentaba evitar.

Y en ese instante, vi cómo lo dudaba. Julia estaba a punto de ejecutarlo sin supervisión.

Todo dependía de una tecla.

Solamente un “Enter”.

Mi mente gritaba. Sabía lo que pasaría. Sabía que ese había sido su error: ejecutar el código sin respaldo, que iba a provocar una guerra muchísimo peor.

Tenía TODA la información.

Y también tenía algo peor: su impulsividad.

Una voz rompió el silencio en mi mente.

No era real. Era... ¿culpa?

“Si la detengo... aunque sea con una palabra... salvaría millones de vidas.”

Pero también destruiría mi presente.

Rompería las reglas.

Y no sabría si seguiría existiendo.

Sabía que no tenía mucho tiempo, ella estaba por hacerle caso a sus impulsos. Estaba por actuar y tocar esa tecla. Tenía que pensar rápido: hablar y romper las reglas, salvar vidas y arriesgar mi existencia o callar y seguir las reglas al pie de la letra, dejando morir a poblaciones y a Julia.

Ella estaba completamente desesperada, sabía que tenía que hacer algo antes que fuera tarde. Yo compartía su desesperación. También sabía que tenía que hacer algo: detenerla.

Después de segundos de tensión, decidí hablar. Prefería salvar a miles de seres inocentes que salvar mi vida, en esos segundos no me importó absolutamente nada que tuviera que ver con mi línea temporal, quería

salvar a Julia y a esa gente.

La sala de observación estaba sumergida en un silencio absoluto. Estaba viendo a Julia completamente derrotada, a punto de cometer el error que le costaría la vida.

—No lo hagas— murmuré, apenas un pensamiento.

Mi cuerpo tembló en la cápsula. Estaba violando el Protocolo de No Interferencia. La IA central iba a detectarlo, pero no me importó. Cerré los ojos, completamente dispuesta a aceptar cualquier consecuencia. Si dejar de existir era el precio por intentar salvarla, entonces lo pagaría sin dudar.

—No estás sola —dije con todas mis fuerzas—. Confía.

Julia alzó la cabeza de golpe. Un escalofrío la recorrió. Miró alrededor, como si hubiese escuchado una voz. Su mano tembló, y luego se movió. Se arrepintió de ese clic, volvió a guardar la caja metálica en su lugar y siguió con su investigación.

La cápsula empezó a sacudirse violentamente. Alarmas comenzaron a sonar en el centro temporal. La línea del tiempo se desdobló. Fragmentos de memoria, imágenes del futuro que conocía, comenzaron a disolverse frente a mis ojos.

Y entonces... nada.

Oscuridad. Silencio.

No sentía mi cuerpo, ni el tiempo fluyendo. Estaba despierta, pero no viva. No del todo.

No había ciudad. No había cielo. Solo un espacio negro e infinito, sin forma, sin sonido, sin dirección.

Lo había logrado. Julia sobrevivió. La guerra no ocurrió. Un nuevo futuro se construyó sin mí. Y al hacerlo, dejé de pertenecer a cualquier línea temporal posible.

Intenté hablar, pero mi voz no existía. Intenté moverme, pero no había suelo.

Solo flotaba. Como un pensamiento olvidado.

Cerré los ojos (si es que aún los tenía) y traté de recordar algo concreto. Un rostro, un momento, una risa. Pero cada imagen se deshacía apenas la tocaba. Y entonces, por un instante apenas, sentí algo. Una chispa. Como si alguien, en algún lugar, todavía me recordara.

Quizás Julia. Quizás nadie.

Y con esa chispa ínfima, casi dolorosa, sonréí.

Lo volvería a hacer. No me arrepiento de nada.

Y la oscuridad siguió.

Silenciosa.

Infinita.

Mía, ya era parte del abismo.

Micaela Coronel

Escuela Técnica “Raggio”

# Diario del Nuevo Mundo

Lunes, 27 de Mayo de 2058.

10:35 PM

No sé cómo escribir esto, nunca tuve un diario antes. Me dijeron que le ponga nombre al diario, o empezar con un “querido diario” pero suena raro. Pero no sé si puedo darle nombre o llamarle “querido”, a mí ni me gusta escribir, solo hago esto para que mamá no se preocupe ni se sienta mal por mí.

Estoy en un avión del lado de la ventana, no soy muy fan de las alturas, pero ver las nubes y montañas desde este punto de vista es relajante... me ayuda a distraerme.

Estamos yendo a la casa de mamá, Canadá, nunca fui para allá antes, crecí en Buenos aires.

Mamá dice que un cambio de escenario me va a ayudar a sentirme mejor... Lo dudo, pero confío en mi madre.

*murió hace unas semanas*

*papá,*

*no sé ni cómo escribirlo o explicar cómo me siento*

Jamás creí que pasaría esto, bueno, sí, pero no tan temprano en mi vida, apenas empecé la secundaria y ya perdí a mi padre.

Él me había prometido que íbamos a ver nieve de verdad. Iba a enseñarme a esquiar, aunque decía que él mismo no sabía cómo era. Ahora estaba en el avión, yendo a ver y tocar la nieve por primera vez, pero sin él. No hay nadie haciendo chistes malos. No hay nadie sa-

cándome fotos dormida para joderme... estoy sola.

*Martes, 28 de Mayo 2058.*

*11:50 AM*

Ya llegamos a Canadá, el frío mata.

Estamos en taxi, yendo a la nueva casa, no me siento bien en cambiar de casa, pero con todo lo que está pasando dudo tener otra opción.

Últimamente mi mamá no para de preguntarme sobre los androides, lo cual no me resulta tan raro ya que mi sueño es convertirme en programadora, como mi papá.

*1:30 PM*

Ya llegamos a la casa nueva.

Logramos desempacar la mitad de las cosas, que eran todos muebles, y lo demás son solo algunos algunos recuerdos de papá.

Pero había algo raro entre las cajas de mudanza, encontré una caja de más o menos mi tamaño que tenía mucho polvo. En un costado de la caja tenía un código que apenas se leía: JP-500.

Lo extraño es que cuando estaba por abrir la caja, mi mamá, que no sé dónde salió la cerró y me dijo que descansara y que sería bueno hablar con el diario.

Y ahora ya no tengo nada que decir... o tal vez sí, hay algo que me molesta, mi papá está muerto, eso es algo evidente pero no sé cómo, no sé si se cayó, se electrocutó, fue atropellado, no tengo ni la menor idea, mamá nunca se molestó es contarme.

*Miércoles, 29 de Mayo de 2058*

*12:30 PM*

Pasaron tantas cosas que estar escribiendo esto ahora me parece muy poca reflexión de lo que realmente pasó.

Primero:

Ayer por la noche le pregunté a mi mamá sobre la muerte de papá. Se había quedado en silencio y después de unos cinco minutos de silencio dijo: murió haciendo un proyecto de un androide nuevo.

Me lo esperaba, papá estaba en un proyecto de desarrollo de androides, muy bueno, lo admiraba y quería ser como él.

Pero... me dijeron que no era posible, al parecer a ninguna mujer se le permitía ser programadora. Mi papá me decía que era una mentira y que solo me intentaban asustar, pero el comentario se quedó pegado a mí.

Desde ese día tengo como mi meta principal llegar a ser la primera desarrolladora mujer de Androides, y llegar a ser tan buena como mi Padre.

Segundo:

La caja que había encontrado desapareció, intenté preguntarle a mamá pero tuve el presentimiento de que si le preguntaba nunca sabría más de la caja.

Y tercero:

Mañana inicio las clases, ¡qué terror!, si ya las clases eran difíciles, ¿tener que hacerlas en otro país? ¿y en otro idioma? Aún peor. Por suerte ya sé inglés, por lo cual no creo que termine taaaan mal... creo.

*Jueves, 30 de Mayo de 2058*

*02:10 PM*

Retiro lo dicho, fue terrible, nunca tuve un día tan malo.

Todos en ese colegio tenían androides de dios sabe cuántos dólares. En serio, ¿de dónde sacan tanta plata?

Y no solo eso, no se si me estaban molestando o que, pero cada vez que hablaba me decían: “*I don't understand*”, “*can you say that again?*”, “*you have a funny accent*”, no sé cómo es que voy a sobrevivir toda la secundaria así, pero dudo salir viva de esto.

*Viernes, 31 de Mayo de 2058*

*02:30 PM*

Hoy tuvimos Educación Física y llegué más tarde a casa, y ¿qué es lo primero que veo cuando entro? Un androide.

¡Un androide!

¿De dónde salió? Ni idea, pero sé que esa cosa no la podríamos haber comprado, incluso rentarla nos hubiera costado un pulmón...

Le pregunté a mi mamá, ella no quiso decir nada, pero al final reconoció que al parecer era un regalo que dejó papá antes de morir, o algo así, aun no puedo creer que lo tengamos, con lo que cuestan...

*Domingo, 2 de Junio de 2058*

*06:30 PM*

Bueno, puede que me haya salteado escribir el sábado, pero en mi defensa... no hay nada, realmente,

me la pasé peleando todo el día con una máquina inteligente que estaba limpiando la casa.

Aparentemente la tengo que llevar a la escuela mañana para que me ayude con los estudios, odio esto. Ya sé, ya sé, ¿quiero ser una programadora de androides? Sí, pero no me siento bien como para estar viviendo con uno ahora... no después de perder a la única persona que realmente me hizo amar a los androides.

*Miércoles, 5 de junio de 2058*

*02:15 pm*

Bueno, quizás no esté tan mal todo esto... o sea, ¿un androide que me hace la tarea y me salva de mis compañeros y sus comentarios ingleses? Quizás no esté tan mal pero no saca el hecho de que no me convence, no sé, es solo muy... robótica.

    Su forma de actuar, hablar...

    No me convence.

*Viernes, 7 de junio de 2058*

*03:21 PM*

Mamá pidió que le ponga nombre, no al diario, al robot, todo este tiempo la estuvimos llamando #JP500, su número en serie y modelo, y quiere que forme una "conexión" con ella.

Lo pensé bastante de hecho, nunca pensé que pensaría tanto en pensar en un nombre para un robot, pero creo que me decidí...

Felicta, suena... bonito, y es lo suficientemente diferente de mi nombre para no confundirme.

    Alya y Felicta, creo que suena bien.

*Lunes, 10 de junio de 2058*

*04:30 PM*

Bueno... puede ser que me esté encariñando demasiado con Felicita, desde que le puse nombre.. no sé, reacciona y actúa de manera diferente, más... humana, incluso como un androide, un robot.

Es raro, no puedo confirmar nada, pero tengo recuerdos de mi padre diciéndome cómo quería crear androides que sintieran, que realmente sean más humanos antes que sirvientes robóticos, quizás... solo quizás, si la modificó lo suficiente, ¿la puedo hacer sentir como un humano?

*Miércoles, 13 de junio de 2058*

*02:30*

No me estoy volviendo loca, lo juro, acabo de llegar de la escuela con Felicita, y mientras me ayudaba con la tarea le conté un chiste (malísimo) y se rió, los androides no están programados para hacer eso.

¿Quizás realmente está sintiendo emociones? Como en esas películas donde los robots se enamoran del protagonista... pero no de manera romántica, quiero creer.

*Jueves, 14 de junio de 2058*

*06:40 pm*

No me estoy volviendo loca, hoy probé algo, ignoré y traté mal a Felicita todo el día, cuando me estaba por ir a bañar escuché algo en el cuarto de mi mamá, la puerta estaba cerrada, y había alguien llorando. Llorando.

Pero mi mamá estaba abajo cocinando, y a no ser que haya un fantasma en la casa, creo que la que estaba adentro llorando era Felicita, lo cual es raro ya que los androides no sienten ni lloran...

Quiero creer.

*Sábado, 16 de junio de 2058*

*04:16 AM*

No puedo dormir, quizás se note por la hora, pero algo raro pasó, Felicita olvidó todo. Literalmente, no recuerda ni el nombre que le puse, ¿habrá pasado algo con su IA? Honestamente creo recordar a mi mamá asustada el viernes después de recibir un mensaje, pero no me dijo nada sobre eso.

¿Será porque Felicita empezó a sentir emociones? Creí que todas esas historias eran falsas, sobre cómo los androides son privados de sus recuerdos si empiezan a sentir un poco mucho... voy a investigar, quizás actualice esta noche.. cuando ya todos se vayan a dormir.

Actualizo, son las 09:30, sí, definitivamente los rumores sobre el borrado de memoria son de verdad, tomé prestado el teléfono de mamá por un minuto y me fijé en sus chats, había un mensaje de la compañía de Felicita.

Explicaban cómo Felicita había salido de protocolo, y que borrarían sus memorias para evitar problemas y “fugas”, no sé a lo que se referirán... no sé cómo es que la gente aún piensa que los androides no deberían sentir.

Si los creamos para ser máquinas que replican al

humano, ¿por qué privarlos de lo que hace a una persona, “una persona”: sus emociones?

*Miércoles, 20 de junio de 2058*

*08:50 PM*

Bueno... puede ser que no haya escrito en unos días, pero en mi defensa, me pase día y noche buscando una manera de que Felicita recupere sus memorias. No sé cuándo o cómo, pero en algún momento me encariñé demasiado con ella, quizás sea el último recuerdo que tengo de mi papá y que pueda interactuar conmigo con afecto... o algo así; pero fuera de eso, descubrí algo. Mientras Felicita recargaba energía, abrió uno de sus compartimentos, donde guardan todos sus circuitos y bla, bla, bla, encontré algo muy interesante.

Todos los años limpian las memorias de los androides, pero cuando las borran antes de tiempo no se eliminan realmente, se guardan en un chip muy escondido en sus pechos, y luego se extraen y destruyen... quizás, si me lo quedo y hago un par de cambios ella logre recordar todo.

*Domingo, 24 de junio de 2058*

*05:23 pm*

No puedo creer lo que hice, y tampoco puedo creer que funcionó.

Rompí uno de los cables de la empresa y causé un apagón total, mientras el apagón sucedía, puse a prueba mis conocimientos y habilidades de programación, y hakeé el sistema de Felicita, desconectándola de la empresa, y funcionó, después intenté volver a co-

nectar el chip para ver si me podía recordar, pero cuando prendió... no funcionó, no me recordaba.

Quizás solo me ilusioné más de lo que debía, pero valió la pena, quizás ahora sí pueda hacer que sienta de nuevo, sin que las empresas me molesten en el proceso, y cumplir el sueño de mi padre, por él.

08:42 PM

Me estaba a punto de ir a dormir, y Felicita me contó un chiste, pero no cualquier chiste, el mismo chiste que hice cuando empecé a sospechar que podía sentir emociones, ¿me recordará? le quería preguntar, pero se apagó y empezó a cargar antes de poder preguntarle.

Aunque quizás solo sea yo, alucinando de nuevo por el frío...

Lucía Trabado, Lucía Caraci y Zaira Armúa

E.T. N°36 “Almirante Brown” DE N°15

# New York 2098

Hace mucho que no llueve de verdad. Lo que cae del cielo ahora es una neblina amarilla que huele raro, como a plástico quemado. El río East River está tan sucio que parece petróleo, y casi no quedan aves. Las pocas que hay vuelan en círculos, como si estuvieran perdidas.

Caroline Marshall camina por la ciudad con una mascarilla puesta. Lleva un maletín bien cerrado con algo muy importante dentro. Va directo a un laboratorio secreto, escondido bajo tierra, en Brooklyn. En las paredes de afuera alguien había escrito con pintura negra: “ESTO YA NO ES VIDA”.

Allí la esperan Eve y Ellie Evans, dos hermanas científicas. Eve es ingeniera y sabe arreglar todo tipo de máquinas. Ellie, la menor, es experta en genética, aunque sólo tiene veintidós años. Las tres trabajan juntas en secreto, estudiando lo que le está pasando al planeta.

—¿Trajiste la nueva muestra? —pregunta Eve apenas ve a Caroline.

—Sí —responde ella, y pone un pequeño tubo en una caja especial—. La saqué de lo más profundo del suelo. Y está viva.

Ellie se acerca, curiosa.

—¿Es otra bacteria?

—Peor. Es un hongo. Y está usando el oxígeno muy rápido. Lo agotó en menos de tres horas.

Ellie frunce el ceño.

—Eso no es normal. ¿Qué pasa si se empieza a esparcir?

Eve la mira con seriedad.

—Que nadie va a poder respirar.

Esa noche, frente a las pantallas del laboratorio, las tres estudian mapas del planeta. Muchos lugares ya no tienen vida en el suelo: ni lombrices, ni bacterias buenas, ni nada. Son como tierras muertas.

Caroline respira hondo. Muestra más datos: el aire tiene cada vez más gases tóxicos, el agua ya no sirve para beber, y las plantas no crecen.

—La Tierra tiene menos de diez años antes de que el oxígeno desaparezca —dice, en voz baja.

Ellie levanta la mirada.

—Tenemos que avisar. No podemos ser las únicas que lo sabemos.

Eve se cruza de brazos.

—¿A quién? ¿A los mismos científicos que se burlaron de nosotras por ser mujeres? ¿A los que nos robaron los datos sobre los planetas?

Caroline guarda silencio. Eve tiene razón. Nadie las tomó en serio antes.

—Entonces hay que hacer algo que no puedan ignorar —dice Ellie.

—¿Cómo qué?

—Como filtrar todo lo que sabemos. Pero con nuestras firmas. Para que sepan que fuimos nosotras las primeras.

Eve duda.

—¿Y si eso nos trae problemas?

Caroline sonríe, pero triste.

—Ya no tenemos nada que perder.

Tres días después, el noticiero dice:

*“Científicas de Nueva York descubren un hongo peligroso que podría destruir el oxígeno del planeta.”*

Pocas horas después, los más ricos anuncian su plan secreto: construir una nave para escapar de la Tierra. Solo quienes puedan pagar millones podrán subir. Pero Caroline, Eve y Ellie no se detienen. Saben que no hay tiempo. Buscan planetas parecidos a la Tierra: Kepler-442b, Proxima b, LHS 1140b.

Los primeros días después del anuncio fueron tranquilos. Demasiado tranquilos. Parecía que nadie quería aceptar lo que estaba pasando. Algunos noticieros hablaban de teorías falsas, de que el hongo era “una exageración” o “parte de una campaña para asustar a la gente”. Otros directamente ignoraban el tema.

Las redes sociales se llenaron de burlas. Videos ridiculizando a las científicas.

Pero los datos estaban ahí. Públicos. Claros. Y el aire... el aire empezaba a oler diferente.

La gente lo notó primero en los subtes. Más personas tosiendo. Más ojos rojos. Dolores de cabeza. Luego, en los hospitales, donde los médicos no sabían bien qué recetar. Los inhaladores ya no ayudaban. El oxígeno artificial comenzó a venderse en el mercado negro.

Y entonces explotó todo.

En el noticiero apareció un hombre con traje, CEO de una gran empresa tecnológica. Dijo que hacía meses que ellos ya sabían, y que por eso habían creado un proyecto privado para construir una nave espacial. El plan no era salvar a todos, sino salvar lo que se pudiera. *“Habrá lugar para 2.000 personas. Las mentes más*

*valiosas, los cuerpos más sanos, y los inversores más fuertes.”*

En menos de un día, miles de personas salieron a protestar en las calles. Rompieron vitrinas. Quemaron autos. Saquearon supermercados. Otros trataron de asaltar los laboratorios buscando oxígeno en tanques. Pero la policía protegía los edificios donde estaban trabajando los ricos.

Caroline, Eve y Ellie observaban todo desde su laboratorio.

—Van a matarse por unos pocos asientos en esa nave —dijo Ellie, sin despegar la vista de la pantalla.

—Y nosotras no estamos invitadas —agregó Eve—. Aun después de haber descubierto todo esto.

Caroline cerró los ojos. Había escuchado que los hombres del gobierno estaban usando sus estudios.

Pero sin darles crédito. Los mismos hombres que las habían ignorado. Una noche, un grupo de esos científicos llegó al laboratorio. Querían las muestras originales. Querían sus informes. Decían que era “por seguridad del país”.

—¿Y qué nos dan a cambio? —preguntó Eve.

Uno de ellos sonrió.

—Un pequeño lugar en la historia.

No se lo dieron.

Esa misma noche, escondidas, comenzaron a construir su propia nave. No era tan grande ni tan moderna como la otra, pero funcionaba. Usaron piezas robadas, tecnología reciclada, y todo lo que Eve sabía de mecánica. Ellie adaptó filtros especiales para respirar en otros ambientes. Caroline calculó rutas posibles en

el espacio.

Todo mientras afuera la ciudad se caía a pedazos.

En Central Park ya no crecían árboles. El agua de las duchas salía marrón. Las plantas morían en pocos días. Las escuelas cerraban por “problemas de aire”. Y el ejército ya no dejaba entrar ni salir a nadie sin permisos especiales.

Una noche, Ellie volvió al laboratorio con lágrimas en los ojos.

—Vi a una nena desmayarse en el metro —dijo— Nadie la ayudó. Tenían miedo de tocarla.

Nadie dijo nada. Sabían que ya no quedaba tiempo.

El cielo de Nueva York estaba cubierto por una niebla espesa, color ocre, cuando Caroline, Eve y Ellie se subieron a su nave no hubo aplausos, ni despedidas. Solo el sonido grave del motor encendiéndose y el crujido de la plataforma oxidada alejándose del suelo.

El despegue fue tembloroso. No tenían piloto automático ni un sistema de navegación avanzado. Volaban con lo justo. Durante los primeros días, se turnaban para dormir y monitorear los niveles de oxígeno, las temperaturas internas y los movimientos del cuerpo humano en microgravedad.

En las ventanas pequeñas, el planeta Tierra se hacía cada vez más lejano. Gris, cansado, irreconocible.

La primera parada fue **KEPLER-442b**. Desde el espacio, el planeta parecía prometedor: su superficie era verde oscura, rodeada de océanos calmos, con nubes suaves que recordaban a la atmósfera terrestre.

Cuando aterrizaron, se llenaron de esperanza.

El aire era denso y húmedo. Al principio creyeron

que podrían adaptarse. Pero, al día siguiente, descubrieron que el planeta estaba cubierto por una forma de esporas vegetales flotantes, invisibles al ojo humano. Ellie comenzó a presentar inflamación en los pulmones y fiebre alta. Tuvieron que subir de inmediato a la nave.

—No es habitable —dijo Caroline, anotando los síntomas y el análisis del aire—. Todo parece ideal, pero no está hecho para nosotros.

Volaron días enteros hasta llegar a LHS 1140b un planeta rocoso, de tonos rojizos, con enormes cadenas montañosas. A simple vista parecía seco, pero había zonas congeladas en los polos que prometían agua. Eve intentó perforar el hielo, pero encontraron una sustancia ácida mezclada con los cristales. En lugar de agua, salía un líquido que corrompía cualquier material biológico en minutos.

—Ni siquiera podríamos cultivar algo aquí —dijo Ellie—. Las raíces se quemarían.

Y así partieron de nuevo, cada vez más cansadas, más delgadas, más silenciosas. Finalmente, llegaron a **PRÓXIMA B**, su última esperanza. El planeta era hermoso, cubierto de bosques oscuros y lagos cristalinos. Su cielo era más rojo que azul, y la gravedad era apenas más fuerte que la de la Tierra. Respirar costaba, pero era posible.

Durante los primeros días, exploraron con trajes puestos. Analizaron el suelo, el aire, el agua. Nada parecía peligroso. Era un planeta silencioso, casi melancólico, pero estable.

El día que decidieron quitarse los cascos por unos minutos, Ellie fue la primera en hacerlo. Sonrió, le-

vantó la cabeza al cielo y dijo:

—Huele a tierra mojada. Como en la primavera.

Esa noche, Ellie se despertó con espasmos. No podía respirar. Su piel se cubrió de manchas negras y su temperatura corporal bajó en menos de una hora. Caroline y Eve intentaron todo. Oxígeno, antibióticos, calor. Nada funcionó. Murió en silencio, abrazada por su hermana, con los ojos todavía abiertos.

El análisis biológico confirmó que había inhalado una toxina presente en una planta local. Una toxina que, en humanos, atacaba el sistema nervioso en menos de seis horas. Una sustancia imposible de detectar sin contacto directo. Eve no habló durante días.

Caroline escribió en su cuaderno:

*“No estamos diseñados para otro mundo. Ni física ni emocionalmente. No existe un planeta que se parezca al nuestro. Lo más parecido que teníamos, ya lo destruimos.”*

Poco después, ambas comenzaron a presentar síntomas parecidos. Primero fue un cansancio profundo, como si los músculos se apagaran uno por uno. Luego la fiebre, las náuseas, la falta de coordinación. Era la misma toxina, lenta pero inevitable. Las máscaras que usaban no eran lo bastante herméticas, y la exposición acumulada les había pasado factura. A pesar de saber exactamente lo que estaba ocurriendo, no pudieron detenerlo. El cuerpo humano no estaba hecho para ese ecosistema. Ni sus células, ni sus defensas, ni sus órganos sabían cómo reaccionar.

Murieron con apenas un día de diferencia, acostadas dentro de la nave, cubiertas con las mantas que

Ellie había doblado cuidadosamente la última vez que creyó que todo iba a salir bien. Antes de cerrar los ojos, Caroline dejó activado el transmisor de datos. Envió todos los informes, todas las muestras, todas las advertencias. No sabía si alguien las recibiría, o si en la Tierra aún quedaba alguien capaz de entenderlas. Esperaba que sí.

Y luego, silencio.

Un planeta rojo, calmo, hermoso. Y tres cuerpos que alguna vez creyeron que podrían cambiar el destino del mundo.

Julia Burgos, Helena Pastor y Jazmín Lola Ledesma

E.T. N°36 “Almirante Brown” DE N°15

# Concurso 2025

## ALUMNAS PREMIADAS

### Secundaria ciclo orientado

#### **1° puesto: Ellas también construyen**

**Autoras:** Berenice Báez y Agustina Dos Santos  
(seudónimo Bluequerz)

**Institución:** E.T. 20 DE 20 “Carolina Muzzilli”

#### **2° puesto: Su real experimento**

**Autora:** Angélica Valeria Nuñez Diaz  
(seudónimo Alicia)

**Institución:** Escuela Comercial 7 DE 10 “Manuel Belgrano”

#### **3° puesto: El neón no perdona**

**Autoras:** Lucia Palomo, Valeria Fulguera y Candela Guzmán (seudónimo Valuca)

**Institución:** E.T. 37 DE 11 “Hogar Naval Stella Maris”

# Ellas también construyen

Nunca me gustaron las muñecas. A los cinco, me empezaron a llamar la atención los documentales de ingeniería. A los diez, armé mi primer motor con piezas recicladas. A los quince, decidí que iba a cambiar el mundo. Y a los veinte, lo intenté.

Vivía en un pequeño departamento en Buenos Aires con más cables que muebles. A esa altura, mi mejor amigo, Daniel, ya estaba acostumbrado. Cada vez que venía, tenía que esquivar placas electrónicas, soldadores y planos abiertos sobre la mesa del comedor.

—Un día esto va a explotar —decía, con esa sonrisa suya que usaba para todo.

—Un día esto va a funcionar —le contestaba yo, limpiándome las manos con una toalla manchada de grasa.

Él siempre estuvo ahí, incluso cuando nadie creía en mí. Cuando los profesores me miraban raro en la universidad por elegir ingeniería electrónica. Cuando mis padres me preguntaban si no prefería una carrera “más femenina”. Cuando me robaron una idea en una feria de ciencia y un varón se llevó el crédito.

Pero no fue la injusticia lo que me empujó. Fue la necesidad. Sabía que si quería ver un cambio, tenía que hacerlo yo. Así que inventé una máquina del tiempo. Suena exagerado. Pero era real.

El 12 de marzo del 2000, después de tres años de trabajo, la máquina estuvo lista. Usaba energía cuán-

tica, principios de resonancia electromagnética y unos componentes que había conseguido de forma... no tan legal.

—¿Estás segura de esto, Emma? —preguntó Daniel, mientras colocaba el último capacitor.

—Nadie más lo va a hacer —le respondí, firme—. Si puedo influir en el pasado, aunque sea un poco, tal vez cuando vuelva el presente ya no sea el mismo.

—¿Y si no podés volver?

Lo miré en silencio. Tenía miedo. No podía darle una respuesta sin saber si iba a pasar o no. Pero aun así decidí intentarlo.

Activamos el sistema. Una esfera de luz azul se formó a mi alrededor. Me preparé con un maletín con planos, libros, y hasta una laptop camuflada.

—Cuidate. —me dijo Daniel, mientras me daba un abrazo fuerte de despedida.

—Tranquilo, voy a estar bien —le respondí, con una sonrisa tranquilizadora. Y emprendí mi camino.

Mi destino: 1950.

El impacto fue brutal. Los sonidos, los colores, el aire mismo eran distintos. Estaba en Buenos Aires, pero una versión grisácea, donde los colectivos aún tenían guarda y las mujeres vestían faldas por protocolo. Lo primero fue encontrar un lugar. Me alojé en una pensión en San Cristóbal, donde conocí a Doña Rosa, una viuda con un corazón enorme y un talento para las empanadas. Fingí ser estudiante de intercambio con documentos falsos (gracias a Daniel). Me inscribí como oyente en la Facultad de Ingeniería de la UBA, bajo el

nombre “Emilia Alonso”.

Allí conocí a Sofía, una chica brillante de 18 años que trabajaba como secretaria en la iglesia porque su familia no podía pagarle estudios. Le enseñé física básica en las noches, escondidas en la terraza.

—Nunca pensé que iba a entender estas cosas —decía, riendo.

—Vos podés entender todo lo que quieras, Sofi. El mundo solo te hizo pensar que no.

Con el tiempo, fui conociendo diferentes lugares de Buenos Aires, y a la vez distintas mujeres que coincidían con mis sueños.

Marta, que era operadora en una central telefónica; Elena, que había sido maestra rural pero adoraba la matemática; y Rita, una costurera pero con pasión por los motores. Les di clases, compartí conocimientos, y con la ayuda de Doña Rosa, fundamos el Círculo de Mujeres Técnicas del Futuro.

Nos reuníamos cada miércoles en un sótano prestado por el padre de Sofía. Cada encuentro era una chispa encendida en un mundo que prefería la oscuridad.

Pasaron cinco años. Me vi crecer en ellas. Marta ingresó como técnica en una fábrica de radios. Sofía, con mi ayuda, logró entrar a la facultad. Elena presentó un proyecto educativo revolucionario en un congreso de pedagogía. Nos habían empezado a llamar “Las Pioneras”.

Una noche, mientras revisaba planos viejos, sentí que era momento de volver. Había cumplido mi objetivo. O eso creía.

Fui al lugar donde oculté la máquina: una bodega abandonada en Constitución. Me temblaban las ma-

nos al reconectarla. Introduje la fecha: 12 de marzo del 2000. El sistema encendió, pero algo no iba bien. Un pitido grave sonó. Los cálculos no cerraban.

Intenté reiniciar. Nada. Verifiqué las coordenadas, el flujo de energía... y entonces lo entendí: el presente que había conocido ya no existía.

Mis acciones, por más pequeñas que parecieran, habían alterado la línea temporal. Las mujeres que ayudé, los cambios que provocaron... modificaron el rumbo. La energía de la máquina ya no podía encontrar el “ancla” a la realidad que dejé.

Corré al correo más cercano y le escribí a Daniel. Usé una frase clave que él y yo habíamos inventado en la infancia para reconocerme: “La tele no volvió a funcionar”.

Esperé semanas. Nada. Ninguna respuesta. Intenté enviar señales cuánticas con la laptop. Lo mismo. No existía ya el 2000 que conocí.

Volví con Sofía. Le conté todo.

—¿Querés decir que sos del futuro? —preguntó, sin reírse.

—Sí. Y creo que no puedo volver.

Ella se quedó en silencio. Luego tomó mi mano.

—Entonces este es tu presente ahora. Y seguís teniendo mucho que enseñar.

Hoy, 1960, tengo 30 años. Ya no soy “Emma la inventora”. Ahora soy la profesora Alonso, fundadora de una escuela técnica para mujeres. El círculo creció. Hay más Emmas, Sofías, Martas, Ritas. No sé si alguna vez

podré volver. Tal vez mi historia siga escribiéndose sin mí, en un futuro que ya no reconozco.

A veces sueño con Daniel. Con sus bromas, su sonrisa, su voz diciendo: “Un día esto va a explotar”. Me despierto con lágrimas, pero también con esperanza.

Porque tal vez, en algún rincón del tiempo, una chica de veinte años esté creando una nueva máquina. Y esta vez, yo la estaré esperando.

¿Fin...?

Berenice Báez y Agustina Dos Santos

E.T. 20 DE 20 “Carolina Muzzilli”

# Su Real experimento

## I

La confusión es algo que va a estar muy presente en mis palabras. No trates de entender todo lo que estoy diciendo ahora. Pero sí tienes que tener en claro que nada de lo que va a pasar a continuación tendría que haber sucedido. Nadie me lo advirtió. ¿Cómo deduje, entonces, que algo andaba mal? Pues... ya lo verás. Total, no puedes perderte más de lo que estás.

## II

Si caminar sobre pixeles era complicado, ahora imagínense correr sobre ellos, y a través de un laberinto que te distorsiona absolutamente todo, en donde la gravedad y la física, al parecer, no aplican.

Corro entre los arbustos, con la respiración agitada y mi corazón late con fuerza. El viento sacude mi pelo, las gotas nublan mi vista. A pesar de haber recorrido este laberinto miles de veces, sus muros parecen cambiar con cada paso que doy, desaparecen y aparecen por todos lados. Los pasillos se estrechan y se ensanchan, las sombras se alargan y se acortan. Maldigo que todo esto suceda, me siento tan perdida en este mundo que parece que lo único que me recuerda que estoy por el camino correcto son los patrones de colores que no cambian nunca.

Cuando por fin llego al final, el Conejo me está esperando, su figura blanca y elegante destaca en la oscuridad.

—Tarde, como siempre —dice dándome la espalda. Su mirada está fija en lo que sea que tiene enfrente. ¿Qué será?

—Para ti, siempre es tarde.

Se da la vuelta. Mis ojos se desvían a los capullos rojos que sostiene entre sus manos.

Me tiende una de ellas, noto un pequeño parpadeo mientras sus pétalos se abren, una espina se clava en mi dedo.

—Recuerda no cerrar los ojos por mucho tiempo, Alicia —dice, mirándome fijamente. Un dolor agudo me recorre el brazo.

Su mirada se posa sobre mis hombros, antes de poder girar y todo a mi alrededor se descompone en bloques de colores, que se agrandan y distorsionan hasta desaparecer.

### III

—Alicia... Alicia —el murmullo se hace cada vez más lejano, como si estuviera absorbida por la oscuridad de la realidad que me rodea.

Abro los ojos de golpe. La claridad llega a mí bruscamente, haciendo que el espacio que me rodea se vuelva borroso e irregular. Mi cuerpo se siente tan pesado y ligero al mismo tiempo, suspendido en el aire. Trato de sujetarme de algo, no lo logro, mis manos se cierran sobre el vacío. El poco control que había logrado se esfuma, siento como algo tira de mí, arrastrándome hacia la oscuridad más profunda.

## IV

El impacto que llega es tan fuerte como repentino  
¿Qué acaba de pasar? Mientras me coloco de pie, miro  
a mi alrededor. No reconozco nada. ¿Dónde estoy? No  
hay rastro del Conejo por ninguna parte. ¿A qué se refe-  
ría con lo que dijo? ¿Será que...?

Antes de poder pensar en algo más, una peque-  
ña luz se muestra frente a mis ojos. Dando vueltas, se  
aleja y vuelve a mí. ¿Quiere que la siga?

Trato de no perder su rastro mientras la persigo,  
sintiendo el suelo frío y liso bajo mis pies descalzos.  
¿En qué momento desaparecieron mis zapatillas?

La lucecita se detiene, parece como si me estu-  
viese mirando, tratando de decir algo. En ese momen-  
to, miles de ellas aparecen frente a mí. Una dulce me-  
lodía acompaña su danza, hay algo hipnótico en ellas.  
Se unen, se alinean y se fusionan hasta lograr un brillo  
que hace que mis ojos se cierran con fuerza. Al abrir-  
los, una puerta no más grande que mi mano, se mate-  
rializa ante mí.

Me agacho, tratando de mirarla con atención. A  
simple vista es una puerta común y corriente de mane-  
ra, con enredaderas en el borde, pero cuando me acer-  
co lo suficiente, noto algo en el pomo.

Una rosa parpadeante, tan roja como la sangre, con pé-  
talos blancos cayendo lentamente en su entorno.

—Elige sabiamente —el murmullo se esparce por  
el aire, tan suave y tan distante. Parece venir de todos y  
ningún lado a la vez. Miro a mi alrededor tratando de en-  
contrar su origen. No hay nada ni nadie en este lugar.

## V

Vuelvo a centrar mi atención en la puerta y noto que ya no es más pequeña.

—Tal vez eres tú, la que no es más grande —dice una voz similar al murmullo de hace un rato, mientras mis dedos rozan la fría rosa del pomo. Con una mezcla de curiosidad y temor lo tomo. La puerta crujie ligeramente, una luz tenue se filtra a medida que la abro.

De repente, imágenes y sonidos familiares aparecen en mi mente con una claridad abrumadora. Me encuentro a mí misma en un jardín de rosas, rodeada de cartas de naipes que pintan las rosas blancas con un rojo tan intenso como la sangre en la oscuridad.

La Reina de Corazones está cerca, aunque no la veo directamente, algo me advierte de su presencia.

—Elige sabiamente —la voz resuena por todas partes.

¿A qué se estará refiriendo?

Justo en ese momento, una segunda puerta aparece frente a mí. Esta vez, es más grande, tiene lo que creo que es una tetera en su pomo. Al abrirla, el aroma a rosas se mezcla con el dulce que se encuentra dentro de ella.

La escena cambia, me encuentro alrededor de una larga mesa un tanto tambaleante. Tal vez se deba a la cantidad de personas o al piso inclinado.

“¿Has encontrado la solución a la adivinanza?”, presiento que la pregunta es para mí. El ruido de teteras y olor a panecillos dulces inunda mis sentidos. “No”, respondo, sintiendo la frustración y la confusión que me

invadía en ese momento. “Me doy por vencida. ¿Cuál es la solución?” Todo se desarrolla ante mis ojos, no puedo evitar sentir curiosidad del origen de esto. “Corramos todos un sitio”. El Sombrero se movió, el Lirón le siguió, tanto movimiento me marea, trato de no perder el rastro de todo lo que está pasando.

Todo se ve envuelto en una niebla que no me permite ver más. Algo me obliga a salir del lugar. Otra vez me encuentro en el jardín, sólo que no siento la mirada de ninguna reina sobre mí. Veo a las cartas de naipes trabajando febrilmente para pintar las rosas blancas de rojo, sus movimientos son rápidos y precisos, casi robóticos.

“Si la Reina lo descubre...”, susurra una de las cartas, su voz es apenas audible. ¿Si la Reina lo descubre, qué? me gustaría preguntar, pero ya es demasiado tarde.

Me separo del pomo al sentir algo quemar mi mano. Tengo nuevamente a la pequeña puerta frente a mí. Esta vez hay un cristal en lugar de una rosa.

—Alicia.

Volteo. Veo una figura a lo lejos, tan blanca como la nieve, un tanto pálida y translúcida como el hielo. Se mueve con una gracia etérea casi imperceptible, y cuando estoy por acercarme, me mira con desaprobación, desapareciendo, dejándome otra vez a solas.

Me quedo allí, parada sin saber qué hacer. Una brisa fría me inunda, vuelvo a centrar mi atención en la puerta. La voz de antes regresa.

—Elige sabiamente. —¿Qué se supone que tengo que elegir? La incertidumbre parece querer llegar a

mí. No lo permito.

Justo cuando me dispongo a abrir la última puerta, un brillo deslumbrante y cegador irrumpen en la oscuridad. Todo a mi alrededor se desvanece al instante.

## VI

Cuando mi visión se aclara, reconozco por primera vez un lugar. El laberinto, estoy de vuelta en él. Siento las gotas de lluvia caer sobre mi rostro, hasta llegar a mis manos. En una de ellas noto el rastro de sangre que dejó aquel pinchazo de la rosa. La rosa que me dio el Conejo Blanco. ¿Qué habrá pasado con él? Justo en este momento, algo pasa a mi lado, tan rápido que las hojas del suelo se dispersan por todo el aire. No me da tiempo de ver qué, cuando siento un movimiento similar al otro. Me encuentro a mí misma corriendo nuevamente. Ya sin sentir mis piernas, con el corazón latiendo con fuerza. La respiración se me corta al ver lo que ocurre a menos de un metro de distancia. Al ver quienes están ahí.

El Conejo Blanco y... ¿yo? Todo sucede tan rápido como la primera vez. El capullo de rosa en sus manos parpadea cuando está cerca de mí al abrirse. Una de sus espinas pincha mi dedo, ¿o el de ella? El pequeño estremecimiento que lo acompaña. El conejo levantando la vista hacia mí. Yo, ella, me corrijo, tratando de mirar hacia atrás y, ya descubrí que me pasó, cayendo sin más.

El Conejo rodea mi cuerpo, el cuerpo de ella, y se acerca a mí.

Antes de poder hacer preguntas, siento como todo comienza a fallar. Mi alrededor se tambalea y distorsiona, y miles de colores estallan frente a mí. El paisaje pierde su forma, convirtiéndose en no más que bloques brillantes y pixeleadados. Mis ojos parecen obligados a cerrarse, siento como toda conexión desaparece. La escena se vuelve borrosa, la negrura le sigue...

## VII

Con todo apagado, me encuentro envuelta en la oscuridad.

—Alicia, despierta.

La voz se me hace familiar. Cuando abro los ojos, la realidad me choca con crudeza.

Esta habitación, el frío que cala mis huesos, el aire metálico, el olor que hace arrugar la nariz a cualquiera ... Estoy de vuelta en la sala de pruebas.

Una parte de mí desearía que el pinchazo de la rosa fuese más poderoso, que no me hiciera despertar más. O que por lo menos, existiera, para que todo se acabara.

Siento los miles de pares de ojos sobre mí, son el recordatorio constante de lo importante que es mi presencia en este lugar.

—¿Cómo te sientes? —pregunta uno de los científicos, con una mezcla de curiosidad y expectación.

—Esperemos que esta vez, nos puedas contar que sucedió —añade otro, se nota la desesperación en sus palabras.

Mi garganta se cierra sin saber cómo responder.

—Tranquilos.

Cuando ella habla todo el mundo atiende.

—Dejemos que descanse un rato, luego nos contará todo. ¿Certo, Alicia?

Todas las miradas vuelven a estar fijas en mí.  
Asiento.

La ansiedad se disipa cuando la puerta se cierra, y el aire que tenía contenido en mis pulmones se libera. Miro a mi alrededor, las paredes blancas me dan una pista clara; esto no ha acabado.

La puerta se abre, y cuando veo a la persona que entra, el rostro de la Reina aparece en mi mente.

—¿Preparada para la siguiente fase, Alicia?  
Esto fue sólo el principio.

Angélica Valeria Nuñez Diaz

-----  
Escuela Comercial 7 DE 10

# El neón no perdona

El neón no perdona. Resbala entre los callejones sucios de *Neo - Saires*, bañando de luces moradas y verdes los rostros cansados, las máquinas oxidadas, los techos cubiertos de graffitis que brillan sin esperanza. La ciudad no duerme, apenas sobrevive. Y Ludo camina en medio de todo eso, como una sombra que no encaja en ninguna parte.

Tiene veintiocho años, un brazo cibernético que chispea cuando se tensiona, y ojos adaptados para ver en la oscuridad. No siempre fue así. Su nombre real se perdió en una redada, cuando apenas era una adolescente. Desde entonces es “Ludo”, un apodo que se repite en bases de datos criminales y listas negras del gobierno. Cazadora para unos, fugitiva para otros.

Esa noche tenía una misión: recuperar un chip.

No era cualquier chip, sino uno capaz de alterar la mente humana, de borrar recuerdos, instalar órdenes, manipular emociones. En las manos equivocadas, era el fin del pensamiento libre. En las de Ludo... solo era otro encargo. Aunque ella ya no estaba segura de saber para quién trabajaba realmente.

El chip había sido robado y vendido. Su último paradero: un club llamado *Vita*, al fondo del barrio industrial. Allí, Ludo esperaba encontrar a alguien que no veía hace años: Fern, su antigua compañera, amiga, casi una hermana. Habían sido inseparables, hasta que algo salió mal. Un trabajo fallido, una traición, una herida que nunca cerró.

El club seguía igual: húmedo, oscuro, ruidoso.

Entre luces estroboscópicas y humo sintético, Fern la estaba esperando. Ya no se parecía a la chica que Ludo recordaba. Llevaba implantes visibles en el cuello, dedos metálicos, y una expresión cansada.

—Llegás tarde —dijo, sin rencor, como si el tiempo no hubiera pasado—. Y la cosa está complicada.

Ludo no respondió de inmediato. Solo la miró. Había demasiadas palabras posibles, y ninguna parecía la correcta.

—¿Tenés el chip?

Fern negó con la cabeza.

—Lo tiene Kaine. El líder de los Fantasmas Rojos. Está en el Núcleo, su base en la zona prohibida. No vas a poder entrar sola.

Ludo apretó los labios. Kaine era peligroso, pero no era eso lo que la detenía. Lo que la incomodaba era tener que confiar otra vez en Fern.

—Tengo un plan —dijo Fern—. Pero necesito que confíes en mí. Después de unos segundos, Ludo asintió.

Avanzaron por las ruinas industriales hasta llegar al límite del Núcleo, un complejo donde los edificios parecían hechos de cables y metal derretido. Había drones de vigilancia, sensores térmicos y un muro de energía azul que protegía la entrada principal. Fern se agachó frente a una consola portátil, conectándose al sistema. Ludo, mientras tanto, cubría el perímetro.

—Necesito un minuto —murmuró Fern, tecleando.

—No tenemos un minuto —respondió Ludo, al ver una patrulla acercarse.

Pero justo antes de que fuera demasiado tarde,

el muro se desactivó con un zumbido bajo. Entraron rápido.

Dentro, el Núcleo parecía una especie de panal tecnológico. Cables colgaban del techo como lianas, y las luces parpadeaban en patrones hipnóticos. En el centro de la sala, el chip brillaba detrás de un campo de energía.

Y entonces, una voz interrumpió el silencio.

—Sabía que iban a venir.

Kaine apareció desde las sombras. Su cuerpo era casi todo máquina. La piel que le quedaba parecía una máscara. Su voz no tenía emoción.

—Ese chip no va a salir de aquí —dijo—. Pertenece a un nuevo orden. Uno sin errores humanos.

Ludo activó las cuchillas ocultas en su brazo. Kaine respondió con un salto brutal. El combate fue directo, sin palabras, solo ruido y golpes. Mientras tanto, Fern volvió a la consola, tratando de desactivar el campo de energía.

—Mantenelo ocupado —gritó.

Ludo lo intentó. Kaine era fuerte, rápido, y su armadura absorbía daño como si nada. Pero en el momento justo, el sistema de defensa del chip cayó. Fern lo logró.

Ludo encontró una abertura y clavó su cuchilla en una unión de la armadura de Kaine. El impacto lo dejó fuera de combate, apenas consciente. Ludo se acercó al chip. Lo sostuvo en la mano. Era pequeño, casi insignificante.

—Con esto podríamos cambiar todo —dijo Fern, con voz temblorosa—. Evitar guerras. Obligar a los go-

biernos a obedecer. Hacer que la gente deje de sufrir...

—¿A costa de qué? —preguntó Ludo. Fern la miró.

—¿Y si nadie más tiene que pasar por lo que nosotras pasamos?

Ludo cerró la mano sobre el chip. Por un momento, pensó en lo fácil que sería usarlo. Pensó en sus padres, en su nombre perdido, en todo lo que había deseado cambiar. Pero algo le dolía por dentro. Algo que no tenía que ver con tecnología.

—Si usamos esto —dijo—, nos convertimos en lo mismo que intentamos detener. Fern bajó la mirada. Ludo le extendió el chip.

—Destruílo.

Y juntas lo hicieron. Activaron el protocolo de autodestrucción. El chip vibró, se calentó y se desintegró en una lluvia de partículas azules.

Salieron del Núcleo sin decir mucho. El cielo empezaba a aclarar. Neo-Saires seguía allí, igual de rota, igual de sucia. Pero viva.

Fern caminaba un paso detrás.

—¿Te acordás de cuando queríamos escapar de todo esto? —preguntó.

—Sí.

—¿Creés que todavía podemos?

Ludo no respondió enseguida. La ciudad seguía adelante, indiferente. El neón seguía bañando todo como si no le importara quién vivía o quién moría.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero al menos hoy, hicimos lo correcto.

Fern asintió. Y aunque no dijeron nada más, caminaron juntas hasta perderse entre los callejones, donde el neón seguía sin perdonar, pero la esperanza, aunque chiquita, aún no se había extinguido del todo.

Lucia Palomo, Valeria Fulguera y Candela Guzmán

E.T. 37 DE 11 “Hogar Naval Stella Maris”

